

Joker

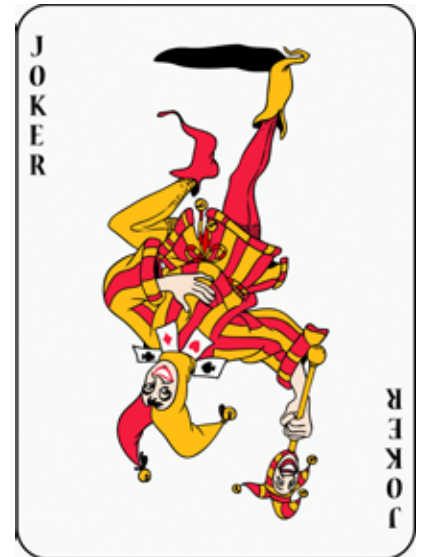
Guillermo Espinosa Estrada

El arlequín es, entonces, el mensajero de una Arcadia anárquica y explosiva...

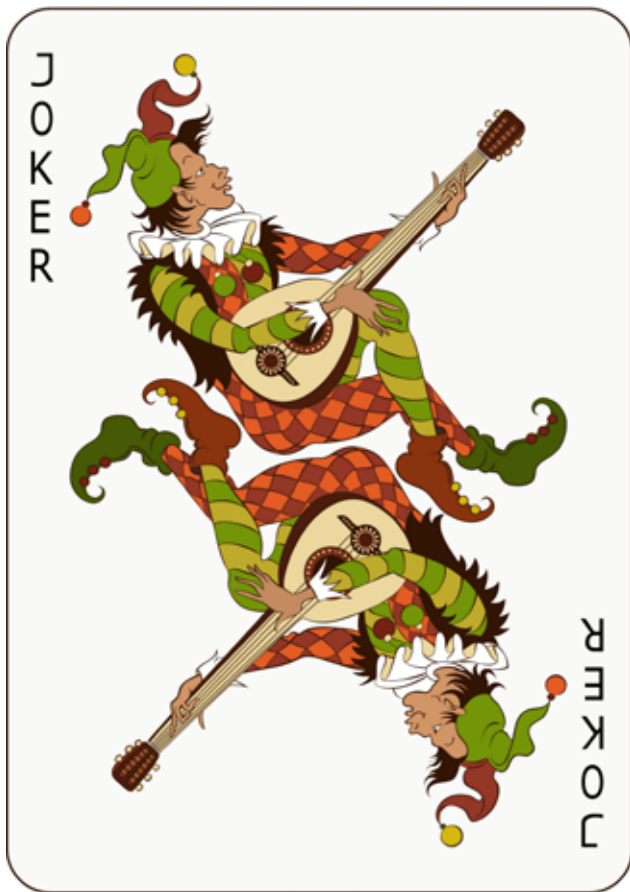
Alejandro Rossi, *Manual del distraído*.

NO ME GUSTA JUGAR AL AJEDREZ. En su rigurosa cuadrícula, firme como estamento medieval, no queda casilla para la improvisación y la contingencia; es demasiado coherente. Tan serio como la guerra que se libra, su orden es vertical, jerárquico, sin lugar a dudas divino. Geometría de un universo predecible y perfecto, sus trazos y movimientos no dejan de sugerirnos explicaciones cósmicas. Dice Borges: “Dios mueve al jugador, y éste, la pieza. / ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza / de polvo y tiempo y sueño y agonías?” Y, aunque bellamente encabalgados, estos versos no buscan sino retomar un lugar común. No me gusta jugar al ajedrez porque la épica donde se enraíza sólo nos provee de una delectación: la certidumbre del triunfo que, al cumplir con sus asfixiantes reglas, nos será otorgado. Es un ejercicio de concentración y disciplina, es en su esencia apolíneo.

Pero fuera del tablero, en el campo de batalla donde acontece la vida, las reglas son menos rígidas, si no inexistentes. La claridad de objetivos, lo astuto de la estrategia y el ímpetu con el que se realiza son fundamentales para vencer, pero también existe un alto grado de incertidumbre que resulta indómita. Más que la reina Isabel, fue una tormenta la que se encargó de contradecir a la Armada Invencible; aunque técnicamente más



Imágenes: Thinkstock



sofisticados, los ejércitos occidentales nunca han podido vencer al invierno ruso y otra sería la historia europea si Napoleón no hubiera somatizado su nerviosismo en hemorroides, pocas horas antes de Waterloo. Fuera del tablero es la irrupción de una anomalía lo que muchas veces determina el curso de los acontecimientos. Golpes de suerte, azar, es lo que en la baraja de naipes neutraliza el poder de una corte beligerante.

Aunque sugestivo, me resisto al encanto de las figuras del tarot. Es un alfabeto que, de tan abierto, todo lo dice y, quien lo dice todo —lo sabemos ya— nada termina diciendo. Su infalibilidad me incomoda, me hace sospechar y aún así me enterece: el niño mira hacia arriba para descifrar la amorfa figura de un nimbo; el adulto mira hacia abajo para interpretar la

concatenación de una baraja. Es una exégesis igualmente caprichosa. El tarot me convence de que, cuando las reglas para comprender la realidad se eclipsan, surgen numerólogos que las hallan en los índices de la bolsa de valores; falsos profetas que, con el vuelo de una lechuza, descifran el destino de la tribu. El tarot es lo ambiguo como sistema, dionisiaco en su función, anarquía absoluta que se destila quintaesenciada en la figura del Loco, personaje que incluso, entre los Arcanos Mayores, carece de número, no tiene lugar: es movable.

Ahora, no le escatimemos su función en el reino y pongamos, junto a la casilla del rey, a un bufón: el lugar que le merece. Quidemos del tablero a uno de los dos afiles y pongamos ahí al Loco, a un arlequín, y será como insertar runas en nuestro abecedario, como sumar una incógnita sin despejar en la ecuación. Establezcamos que sus movimientos son todos los de las piezas restantes, sólo que ejecutados exclusivamente en contra del rey, y será como filtrar un chiste en las galeras del código civil, como detectar un acróstico blasfemo en una encíclica papal. Su función será limitadísima, probablemente nula, pero en caso de darse sería letal: como una tormenta en el Canal de la Mancha, un invierno en San Petersburgo

o unas almorranas. De improviso, es como si abriéramos un paréntesis cuyo mensaje contradice el contexto, como si lo pusiera en crisis. Una crisis más radical y más absoluta en cuanto más anárquico y caótico sea el mensaje, en cuanto menos sentido tenga. Cuando introducimos al Loco en el mazo de la baraja americana obtenemos eso: una suspensión de las garantías, un sabotaje de la lógica, un ruido ensordecedor.

En un álbum de familia resguardo una pequeña colección de *jokers*. Y utilizo la voz inglesa porque, qué duda cabe, es mucho más expresiva que la nuestra. “Comodín” nos deja siempre con una suerte de insatisfacción; más que una conmoción en los acontecimientos, denota complacencia, conveniencia. *Joker* es más violento, tajante, irracional; además se corresponde con la imagen plasmada en mis naipes, con esa siniestra figura que, tras habernos sido lanzada por el hado, nos mira como proponiéndonos un pacto maléfico que es todo menos “cómodo”. Al levantarlo del paño verde y mirar su rictus sabemos que, o lo hemos perdido todo sin remedio alguno, o es hora de apostar las escrituras de la casa. Esa capacidad mimética que le permite confundirse con el resto del mazo le diluye toda carga de responsabilidad.

El *joker* es un demonio menor, un espíritu chocarrero. En la corte luciferina probablemente exaspere al mismo Satanás; se interpone en sus eficientes planes por la perdición de los hombres. Pero lo que me aterra y fascina al mismo tiempo del *joker* es su risa y el poder que ésta le otorga. Grupos bárbaros de los Balcanes —región de excelentes guerreros y vida disipada—, tras haber sido bautizados en las aguas del cristianismo por misioneros de Bizancio, se dirigieron en una extensa misiva al jefe de la Iglesia Romana para saber si era posible continuar con sus *ioca*: festividades alegres y blasfemas a las que se entregaban antes del combate para vencer con ímpetu o perder con altivez. La respuesta fue negativa, así como predecible su desaparición. Hoy el *ioca* se conforma con surgir en la baraja de aquel remoto e ilustre pasado. 🎴

